

## EDUCACION HUMANISTICA: UNA REFORMULACION DE LA METODOLOGIA PARA LLEVARLA A LA PRACTICA

*Angel G. Quintero Alfaro\**

El nuevo problema que discutimos en este seminario no es nuevo. Por el contrario, es uno que no sólo ha sido ampliamente discutido, sino también excelentemente formulado. Pero a pesar de esta discusión tan amplia y de tan alta calidad el problema no sólo persiste sino que hay señales de que ha ido agravándose. Conviene, pues, examinar las razones de por qué entendiéndose con bastante claridad y existiendo relativo acuerdo sobre su naturaleza, en la práctica hemos fracasado en poder atenderlo adecuadamente. Dentro de ese diagnóstico inicial el tema que se me asigna pretende demasiado, podría resultar en otra formulación fallida. Sólo puedo comprometerme a una reflexión que examine algunas ideas que pudiera promover una reformulación para fortalecer la práctica.

El problema que discutimos en este seminario no es nuevo. Por tiene varios aspectos. Al primero que se le da atención, es al del gran aumento en el saber del hombre, y a la tendencia a la fragmentación de este saber y a la especialización que esta fragmentación conlleva. El aumento del saber tiene lugar principal en las ciencias de la naturaleza, la física, la química y la biología. Este aumento se da en medio de un clima de optimismo y a la vez lo fomenta, creando así un segundo problema: el de la falsa expectativa y el del cientificismo. Se esperaba que el hombre llegara a saberlo todo y que además, mediante el saber podría conquistar no sólo la naturaleza sino la sociedad, la cultura y su propia naturaleza.

Un tercer problema lo constituye el creciente cismo que fue creándose entre las personas que se dedicaban al estudio de la ciencia natural y los que se dedicaban a las disciplinas tradicionales. C.P. Snow plantea ese problema en forma brillante hablando de dos culturas y señalando la completa ignorancia de cada una sobre la otra. Esta división que ilustra una escisión grave de la cultura dificulta la visión completa de la realidad humana. La relativa ignorancia y el desdén del científico hacia la literatura, la historia y la filosofía y el rechazo e ignorancia de éstos sobre la ciencia, es a la vez

---

\*Profesor distinguido adscrito al Programa Doctoral en Educación, Facultad de Pedagogía, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

ejemplo del problema, así como barrera cada vez más seria para su solución. Esta escisión se complica y se agrava al extenderse a los estudios del hombre a la psicología, a la sociología, al estudio del lenguaje y hasta en la filosofía misma los métodos de las ciencias naturales.

Por último, el problema que más nos interesa es el pedagógico que se dirige a buscar formas para la enseñanza de los nuevos saberes, a números cada vez mayores de personas, tratando de obviar y hasta resolver, pero a la vez reflejando los asuntos que hemos discutido anteriormente. Desde el siglo XVI, Comenio había formulado el ideal de enseñar "todo a todos". Se pensó que los conocimientos modernos facilitaban métodos para lograr ese ideal. La historia de la educación moderna es la historia de ese esfuerzo, que ha tenido debates brillantes, logros significativos, pero también fallas muy importantes. A todo ello volveremos luego.

He tenido el privilegio de participar en varias etapas de ese debate y de los desarrollos prácticos que le siguieron. Si fuese a hacer una evaluación general indicaría que en todas éstas el retraso pedagógico ha sido notorio, a veces alarmante. Ha habido, desde luego, formulaciones y esfuerzos renovadores notables.

Entre estos, deseo destacar por su época, su importancia y su calidad, el ensayo sobre La Misión de la Universidad que publica don José Ortega y Gasset a fines de la década del 1930. Este planteamiento tuvo importantes repercusiones prácticas en la enseñanza universitaria. Los programas de la Universidad de Chicago, de Columbia y de Harvard se basaron en principios teóricos que ya Ortega había formulado. Los cursos básicos, el programa de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, partieron de la doctrina de Ortega. Tuvo una gran influencia en nuestra formación y creo que aún hay que volver a él para iniciar una reformulación.

El diagnóstico de Ortega es claro: la Universidad española se dedica principalmente a la formación profesional y ligada a ésta, a la investigación científica. Encuentra una atención muy marginal a lo que debiera ser el centro de la Universidad, la cultura general. Resume en la siguiente forma el programa que propone:

- a. "La Universidad consiste primero y por lo pronto, en la enseñanza superior que debe recibir el hombre medio".
- b. "Hay que hacer del hombre medio ante todo, un hombre culto —situarlo a la altura de los tiempos. Por lo tanto, la función primaria y central de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales. Estas son: Imagen física del Mundo (Física); los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología); el proceso histórico de la especie humana (Historia); la estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología) y el plano del Universo (Filosofía)".

- c. "Hay que hacer del hombre medio un buen profesional. Junto al aprendizaje de la cultura la Universidad enseñará por los procedimientos intelectuales más sobrios, inmediatos y eficaces a ser un buen médico un buen juez, un profesor de Matemáticas y de Historia en un Instituto. Pero lo específico de la enseñanza profesional no aparecerá claro mientras no discutamos el lema".
- d. "No se ve razón ninguna densa para que el hombre medio necesite, ni deba ser un hombre científico. Consecuencia escandalosa: la ciencia es su sentido propio, es la investigación científica, no pertenece de una manera inmediata y constitutiva a las funciones primarias de la Universidad, ni tiene que ver sin más ni más con ellas. En qué sentido, no obstante, la Universidad es inseparable de la Ciencia y por tanto tiene que ser también o además investigación científica, es cosa que más adelante veremos". Luego añade "Este plan Universitario supone un lector la benévola resolución de no querer confundir tres cosas que son de sobra diferentes: cultura, ciencia y profesión intelectual...".

Ortega no sólo formuló el problema con claridad, sino que anticipó algunos asuntos que son aún claves para su discusión. No sólo señala la importancia de la formación cultural como centro de los estudios Universitarios, sino también la naturaleza y contenido de ese programa. Previó que se trataba de un programa para la generalidad de las personas, y que la Universidad tendría que ampliar sus oportunidades para grupos mayores. En segundo lugar, aclaró que no se trataba de cursos adicionales en Historia, Literatura, Sociología y Filosofía para personas que seguían profesiones o programas que se apoyaban en la Ciencia, ni cursos de Ciencias para los que estudian Humanidades o Ciencias Sociales, sino cursos de otro carácter, especialmente formulados en que la materia o la especialidad no es el asunto central, sino facilitarle al estudiante medio un repertorio de ideas y convicciones que le ayuden a entender la naturaleza, la cultura y convivencia de manera que pudiesen dirigir más efectivamente su existencia.

Sería difícil encontrar una formulación programática más clara, aunque desde luego, como toda buena formulación levanta controversia. Sin embargo, al llevarse a la práctica, aún en los programas más ejemplares, hay una gran frustración con los resultados. En ningún lugar, que yo conozca, la Facultad de Cultura, se convirtió en el Centro de los estudios Universitarios. Tampoco ha habido un amplio desarrollo de los cursos desde la perspectiva que los planteó Ortega. Quizás Chicago se acercó bastante; en Puerto Rico, la reforma quedó desde principios bastante trunca. Las tendencias hacia el especialismo, el profesionalismo, y el

cientificismo continúan. La preparación humanística de los profesionales es extremadamente débil.

¿Cuáles son algunas de las causas principales de esta situación? Como persona que he dedicado la mayor parte de mi tiempo a repensar estas ideas y a desarrollar programas para llevarlos a la práctica, sé lo arduo y difícil de esos esfuerzos. Van en parte en contra de tendencias muy fuertes, de tradiciones e intereses muy arraigados. Los honores, los premios en la vida Universitaria están dirigidos a la especialización; en la vida pública a la profesionalización especializada. En parte por ello, se hace muy difícil seleccionar personas líderes para los nuevos programas. Aun las personas mejor capacitadas, aquellas con mayor disposición hacia el estudio y la enseñanza con una perspectiva humanística, obtienen su preparación Universitaria, generalmente, en programas dirigidos a la formación especializada. Se necesita no sólo reentrenarlas, sino también un esfuerzo adicional para que estas personas puedan desarrollar cursos en que utilicen los conocimientos aprendidos en términos de una disciplina especial y los redirijan a una visión para comprender el mundo que lo rodea y los problemas de ser y de convivir. No es de extrañarse pues, que haya muy pocos cursos de Física pensados no en término del que piensa especializarse en Física, sino de aquéllos que buscan un apoyo para lograr una idea mejor de su mundo y para entender un poco las formas de investigación y conocimiento en que se apoya el conocimiento de la Física. En igual forma, ocurre con la Sociología, hay muy pocos cursos pensados en término de producir una idea más integral de la estructura y funcionamiento de la vida social.

Hay además problemas de carácter sociológico. El mundo de los últimos 100 años ha sido un mundo aceleradamente dinámico. Se ha producido no sólo una revolución en el saber, sino también, unos cambios profundos en la vida de la gente. Cada vez se ha hecho más difícil a las personas lograr una perspectiva global de las normas, valores y conceptos que rigen su existencia. En la sociedad tradicional, antes del gran desarrollo de la industria y de la vida urbana, ese mapa cultural mínimo, se obtenía en el convivir. Al hacerse la sociedad más compleja, más cambiante y más fragmentada, se pone un mayor énfasis en la formación detenida de esta perspectiva cultural y se le asigna una creciente responsabilidad a la escuela, que hasta entonces había sido una escuela para pocos. La mayoría obtenía su educación fuera de las aulas, en el convivir. La vida diaria era suficientemente estable para enseñar a la persona a ser, proveyéndoles la perspectiva mínima global para guiar su existencia.

La revolución en la ciencia, la técnica y en la sociedad cambia radicalmente esta situación. La escuela moderna surge en parte, como resultado de estos nuevos dilemas. La tarea de la escuela ha sido una muy difícil, que requiere cambios y evaluación continua y una flexibilidad en sus progra-

mas que en la práctica no se ha dado. La escuela se origina para pequeños grupos, con un énfasis académico, dentro de una situación relativamente estable. Aún en la época que escribía Ortega y Gasset, la educación Universitaria era para una pequeña minoría que no excedía el 10% de la población escolar con edad para esos estudios. La educación escolar primaria y secundaria se veía como una para seleccionar y preparar esa pequeña minoría. Hubo desde luego, un pequeño grupo de pensadores que señalaron la necesidad de importantes reformas exigidas por la democratización de la enseñanza. La tendencia que ha predominado, sin embargo, ha sido la de extender a todos los programas y las prácticas que se utilizan en el pasado para una pequeña minoría, con ligeras modificaciones y alteraciones.

Se forma así un círculo vicioso. Mientras más necesaria era la formación humanística, era más difícil ofrecerla. La salida más fácil fue una educación de carácter enciclopédico, dirigido a divulgar los contenidos del saber, ofrecidos por especialistas. Una educación que estaba destinada a fracasar, dada la dinamicidad del saber y de las circunstancias y el carácter del nuevo estudiantado.

¿Qué podemos hacer para afectar esta situación, para tratar de mejorarla? Es muy difícil hacer sugerencias ante la evidencia del relativo fracaso de programas muy bien formulados y dirigidos por personas con gran capacidad y dedicación. Parecería que se trata de unas tendencias sociales cuya fuerza es mayor que los mejores criterios de juicio. Posiblemente sin una reforma social profunda no puede lograrse la educación humanística ideal.

Sin embargo, no debemos caer en un círculo vicioso. No hay duda que es necesario humanizar el desarrollo tecnológico, la práctica política, la administración pública, la convivencia. Pero las fallas del pasado, son también fallas del saber y del saber hacer. Además, aun en el más difícil de los casos habría que actuar simultáneamente dentro de otros cambios que operan en el ambiente social más amplio, para mejorar la educación formal, de modo que responda más a las necesidades del ser humano y de una buena convivencia y que promueva a la vez un desarrollo más saludable.

Como un primer paso, señalaría la necesidad de salir de lo que llamé la falsa expectativa, el pedirle demasiado a la educación deliberada. Se habla a veces de formar un nuevo hombre para una nueva sociedad en la escuela. La educación formal creo que tiene un lugar importante en la reforma de la sociedad y desde luego, en la formación del hombre, pero es una función limitada. Si no se acepta esa limitación, de hecho, se limita la capacidad para afectar. Probablemente se produce una gran frustración que es también muy limitante.

Tenemos que aceptar que la educación formal es parte de un sistema

social más amplio que educa a las personas mediante modos deliberados e informales. La familia, el grupo social, la política, la religión, el comercio, la economía en el funcionamiento de día a día, van formando las actitudes, las creencias, las ideas que orientan o desorientan a las personas. La meta principal de la educación formal debiera ser ayudar a las personas a ganar comprensión e inteligencia de esos procesos. Esa es nuestra segunda recomendación: dirigir la educación formal escolar a la reflexión crítica constante de esas fuerzas socializadoras.

La tercera recomendación es que esta acción educativa formal sea activa, que reclame constantemente el uso de la emoción y de la inteligencia —que haya práctica constante del ver, oír, juzgar, expresar, pensar. Ello obligaría a tratar al educando como persona y a considerar las materias a enseñarse como asuntos vivos, no como materia muerta. Así se promovería la renovación humanística en toda la enseñanza. Lo que nos lleva a una cuarta recomendación, un programa de renovación humanística debe verse en forma integral —cubriendo todos los niveles del sistema escolar, el elemental, el secundario, el universitario y el post-escolar. El clima de toda esta educación formal, así como su contenido y organización debiera ser un ejemplo, aunque integrado por necesidad a la sociedad, debe ir adelante de ésta sirviéndole de ejemplo y de acicate.

El llevar a cabo un programa así es un asunto de mucho tiempo, mucha gente y mucho esfuerzo. Habría que tomar ciertas consideraciones prácticas, empezando por esfuerzos pequeños que pudieran tener mayor repercusión. Un seminario como éste que estamos celebrando podría hacerse una actividad permanente. Se podría seleccionar algunos asuntos para dársele atención preferente. Por ejemplo, el buscar modos que estimulen a los profesores y a los estudiantes a reflexionar sobre sus estudios y sus enseñanzas. El mismo tema de este seminario podría ser otro asunto a considerarse: el de integrar la enseñanza humanística y los cursos profesionales, o si se quiere también, algo más fácil: el promover la comunicación oral y escrita en toda la enseñanza.

De ahí puede pasarse a asuntos más difíciles como el reexamen de los contenidos y procedimientos del currículo. Para ello, sería necesario crear centros auxiliares de maestros, estudiantes y comunicados que ayudaran en la revisión de estos programas a involucrar a los maestros y a las comunidades en llevarlos a la práctica.

Las universidades, y muy especialmente, los Centros Pedagógicos ayudarían en esta tarea. De hecho, podría pensarse en un centro especial con participación de personas especializadas en las distintas ramas del saber, así como Sicólogos y Pedagogos dedicados a una reformulación de la enseñanza —y a crear nuevos modelos de acuerdo a los principios que hemos formulado— quizás especialmente dirigido a la formulación de nuevos programas para los estudiantes con menor inclinación académica.

Para ello, habría que evitar un error de perspectiva que ya hemos

señalado pero que es necesario recalcar. Por lo general se presume una división del saber entre Ciencias de la Cultura y Ciencias de la Naturaleza, en muchos casos subdivididos en Humanidades, Ciencias Sociales, Ciencias Físicas, Químicas y Biología. Generalmente se piensa en una educación humanística como una que le da atención especial a las Ciencias de la Cultura. Es necesario superar esta definición. Como hemos indicado, todas estas disciplinas se pueden enseñar dentro de dos marcos diferentes: pensando en la disciplina para formar especialistas o pensando en el hombre para facilitarle su acción inteligente.

En una ocasión pregunté a un grupo de profesores de filosofía que cuál consideraban la principal función de sus cursos y me respondieron: formar filósofos. Me entrañó que no consideraran el lugar de sus cursos para ayudar al estudiante común o aclararse sus valores, perspectivas y modos de pensar. Basta ese ejemplo para señalar que los cursos de humanidades pueden estar dirigidos principalmente hacia el dominio de una materia, dirigidos pues, estrictamente a la formación de especialistas.

Deseo aclarar que la formación especializada es muy importante. Es muy importante porque necesitamos especialistas. Es importante además, porque creo que toda buena educación debe incluir el dominio especializado de algún asunto. Pero la tarea más urgente por delante no es la de la educación especializada, sino la de la formulación de los cursos humanísticos para el estudiante promedio —y para el profesional de diferentes campos.

Esa tarea central requiere una atención que no ha tenido. Hay que buscar modos de promoverlo. Hay que señalar, estimular y premiar la actitud humanística. En Estados Unidos se da todos los años un premio a un profesor que se destaca en la enseñanza. Recientemente se le concedió el mismo a un biólogo reconocido: el profesor Elob Curlson, por su esfuerzo para desarrollar un curso riguroso de contenidos excelentes de Biología para los no biólogos. Ese es el tipo de estímulo que debiera ser más común y más conocido.

Hay que también dotar a estos esfuerzos de recursos. En la Universidad de Puerto Rico se ha organizado recientemente un Centro para fomentar la selección, el estímulo y el apoyo de jóvenes capacitados para la investigación científica. Un programa excelente, con una meta loable. Pero no hay duda, que el asunto que discutimos aquí, el desarrollo de una educación humanística apropiada —para el científico, para el profesional, para el ciudadano corriente— es uno por lo menos de igual urgencia, que debiera tener la misma prioridad. No hay, sin embargo, un centro similar. Sugeriría, para terminar, que nos convirtiéramos en impulsores de esa idea.

